

CAMINAR EN EL MAR

La vida ha venido del mar, nos dice hoy la ciencia, y la intuición religiosa de los pueblos antiguos, desde siempre. No en vano las primeras palabras de la Biblia señalan que antes de la creación “el espíritu de Dios aleteaba por encima de las aguas”. Si de las aguas nos viene el aliento de vida, debe ser por eso que la vista del mar nos provoca una fascinada contemplación, como si su movimiento narrara nuestra historia o pudiéramos volver a sumergirnos en el espíritu de Dios. Algo de todo esto expresa Neruda en su hermosa Oda al Mar: “Padre mar, ya sabemos cómo te llamas, todas las gaviotas reparten tu nombre en las arenas...”

En el evangelio de hoy el mar vuelve a ser protagonista y nos regala la narración de ese acto poético y maravilloso de Jesús caminando por el mar, a la vez que enseña a Pedro, y a nosotros, qué se necesita para hacerlo. Caminar en el mar es el hecho - lleno de coraje creador- de volver a instalarse en el origen de la dinámica de la vida; el maravilloso movimiento de saltarse la inercia de lo natural, esperable y normal, para dar cabida al prodigio de lo inédito, sorprendente y milagroso.

Para tener esta experiencia, nos dice Jesús, hay que tener fe y superar las dudas. Y es necesario precisar que tener fe es lo contrario de tener seguridad y certezas. Tener fe es abrazar la esperanza en medio de la incertidumbre, apostar por el riesgo en medio del temor, soñar con lo imposible en medio del prosaico convencionalismo, creer en la fecundidad de cortejar la paciencia en medio de la fascinación por la prisa.

La cautivadora experiencia de Pedro nos invita a perseverar en el esfuerzos de construir una familia, una comunidad, una sociedad y un mundo mejor, a pesar de las dudas e incertidumbres; nos invita a vivir la dimensión incombustible y definitiva del amor, que sigue teniendo sentido, aun cuando se han venido abajo nuestros proyectos y nos sentimos amenazados en tantos frentes; nos invita a probar dar unos pocos pasos en el mar de nuestros temores, escepticismos, inseguridades y dolores, esperando repetir cotidianamente el milagro de no hundirnos en él. ¡Que así sea!

Ana María Díaz, Ñuñoa, 13 de agosto de 2023